

LA CIUDAD FELIZ de Erik Göngrich

Por Marta Gerveno

Es muy probable que la historia de las vanguardias artísticas no hubiera podido escribirse sin el surgimiento de la ciudad moderna. Desde finales del siglo XIX el arte y la ciudad han urdido un relato de complicidades, un territorio común habitado por la experimentación y la imaginación. Los materiales y teorías de la vanguardia se han desperdigado en las calles, en las plazas, en los puentes de nuestras ciudades hasta transformarse, incluso, en parte del paisaje que vemos sin ver. Otros lugares, como los museos y las galerías, han ido perdiendo jurisprudencia debido al creciente y vivo interés de los artistas por los espacios públicos, el encuentro casual con la gente, el aire, el ruido y la suciedad que subraya y alimenta la fragilidad de obras concebidas como ecos de precariedad.

ERIK GÖNGRICH BILLBOARD- HOUSES DINOS AND TENTS

UN PROYECTO
PARA ATLÁNTICA

A PROJECT
FOR ATLÁNTICA

106

THE HAPPY CITY of Erik Göngrich

By Marta Gerveno

It is quite likely that the history of the artistic avant-garde movements would never have been written if there had been no modern cities. From the end of the 19th C. art and the city have woven a tale of complicity, a common territory where experiment and imagination dwell. The materials and postulates of the avant-gardes have been scattered on the streets, the squares, and the bridges of our cities, and even become a part of the landscape that escapes our notice. Other places, such as museums and galleries, have gradually lost their sway, thanks to artists' lively and growing interest in public spaces, casual encounters with passers-by, the air, the noise and the dirt that underlines and nourishes the fragility of works conceived as echoes of precariousness.

Dentro de los diversos elementos del ideario vanguardista, uno de los rasgos que más se relaciona con la idea de ciudad de Erik Göngrich es justamente el de la utopía, que entronca directamente con muchos de sus intereses extra-artísticos: no cambiar sólo la visión del arte, sino la forma de vida. No obstante, habría que matizar que su intención no es crear una ciudad nueva a partir de un lugar no explorado; no es abandonar lo que el hombre ha limpiado, mancillado, destruido y vuelto a sacar lustre, en beneficio de un utópico espacio urbano que respondería a la pulcritud del presente, aunque quién sabe si del futuro. El artista alemán no huye del caos construido por el paso del tiempo de la megalópolis, llena de quiebras y roturas, anexos y adherencias. Tampoco deserta del desacogedor y desconcertante paisaje de Berlín, México DF o Estambul, sino que se sumerge en ellos para iniciar una labor de “costura” que mejore nuestra vivencia de la indomable masa que supone la gran urbe contemporánea. Y es que es de sutura y costura de lo que trata su arte; que hilvana y dibuja con un hilo que son esas líneas resultantes de los perfiles fracturados por la imposición de planes de mejora —o empeora—, o simples intervenciones cotidianas y espontáneas en el espacio público de la ciudad.

Un zurcido que se constituye en una fabulación consciente de sí misma al punto de ser un conjunto abierto de posibilidades e imaginación. Su visión es prácticamente la de un hombre colocado en un punto neurálgico de transición, desde donde trata de conciliar situaciones realmente contradictorias a la vista del paseante o habitante.

Tras un vistazo a la obra de Göngrich y tan amplio abanico de miradas como ciudades modelo, persiste la sensación de que, a pesar del tiempo, se mantienen algunas problemáticas y procedimientos propios de los primeros años de la vanguardia: señalamientos, reciclajes, maquetas destinadas a despertar la memoria o la imaginación. Pero a la vez el concepto de utopía es desplegado en sus distintas vertientes, como catalizador de espíritus nostálgicos, futuristas, realistas o idealistas. Parece que, y en definitiva, en todos estos sus procedimientos subyace el temor al dominio absoluto del fantasma de la gran ciudad: inabarcable, uniforme y, finalmente, anodina. El arte nos ayuda a guarecernos de la invasión y también a entenderla, proyectando, como dice Calvino, imágenes de “ciudades felices que cobran forma y se desvanecen continuamente, escondidas en las ciudades infelices”.

In the diversity of avant-garde thought, one of the things that characterises Erik Göngrich's idea of the city is precisely the notion of utopia, which connects directly to many of the non-artistic concerns of a man who wants to change not only the vision of art, but also the way people live. However, this should be qualified by the fact that his intention is not to create a new city, starting from an unexplored space, nor to abandon what Man has cleaned, sullied, destroyed and polished again, for the sake of a utopian urban space that would correspond to the tidiness of today, although who can tell about the future. The German artists does not flee the chaos constructed by the passing of time in the megalopolis, replete with bends and cracks, annexes and adhesions. Neither does he shy away from the unwelcoming and disturbing landscapes of Berlin, Mexico City, or Istanbul, but rather submerges himself in them to do his “sewing” that enhances our habitation in the indomitable mass that is today's mega city. The fact is that suture and seams are what his art is all about, as he bastes and draws with a thread that becomes those lines of profiles fractured by the imposition of improvement (or impairment) plans, or simple spontaneous every-

day interventions in the public space of the city. A darning that becomes a conscious tabulation of itself at the point of being an open assemblage of possibilities and imagination. His vision is close to that of a man positioned at the nerve centre of a transition point, from where he tries to resolve genuinely contradictory situations in the plain sight of strollers or residents.

After glancing at Göngrich's work and the wide assortment of city models, one has the persistent feeling that, despite the passing of time, some of the problems and procedures of the early years of the avant-garde remain with us: signs, recycling, models intended to awaken the memory or the imagination. But even as the concept of utopia is deployed in its several aspects, as a catalyst of nostalgic, futuristic, realistic or idealistic spirits, it appears that, in fine, underlying all its processes is the fear of the absolute dominion of the ghost of the great city: ungraspable, uniform, and ultimately harmless. Art helps us to shelter from the invasion, and also to understand it, projecting, as Calvino says, images of “happy cities that continually take shape and vanish, hidden in unhappy cities.”















